

LA POBREZA DE LAS NACIONES

(Una nota sobre política y subdesarrollo)

Con rara unanimidad, los diversos comités de investigación dedicados a cuestiones económicas bajo los auspicios de las Naciones Unidas señalan insistentemente que los países pobres de la tierra se empobrecen cada día más. Si se piensa que ya es un hecho de gran dramatismo la existencia de esos dos mil millones de hombres que sufren hambre crónica en el mundo, casi dos tercios de su población, no puede extrañar que tal afirmación haya levantado una ola de preocupaciones y temores. Con objeto de examinar y discutir el problema que significa el foso creciente que separa a los países ricos de los pobres, ha tenido lugar en Ginebra, en marzo de este año que finaliza, una Conferencia Mundial sobre Comercio y Desarrollo. En ella se han enfrentado, por vez primera en la historia, las naciones capitalistas y las proletarias, representadas por cerca de dos mil delegados, en una nueva versión, a escala internacional, de la lucha de clases marxista. Pronto la conferencia se transformó en una densa exposición de las naciones subdesarrolladas de sus amarguras, quejas y reivindicaciones ante el egoísmo de los países industriales, alguno de los cuales habían mostrado muy poco entusiasmo por llegar a una conferencia de este tipo.

En esquema, la petición básica de las naciones subdesarrolladas consistía en que se les garantizase una mayor estabilidad en las cotizaciones internacionales de sus productos de exportación, principalmente alimentos y materias primas, por parte de los países compradores, las potencias industriales. Esta demanda se apoyaba en la necesidad de asegurar unos ingresos, no sometidos a grandes fluctuaciones, a los países atrasados, con los cuales financiar su desarrollo y en la de atajar el continuo deterioro de los *terms of trade*, es decir, el alza continua de los precios

de los productos industriales y de equipo suministrados por las grandes naciones, en relación con los bajos precios de exportación de las materias primas procedentes de los países pobres. De otro modo sería imposible el crecimiento, ya que estos países se verían en la precaria situación del que se ve obligado a comprar caro y a vender barato, endeudándose progresivamente.

Naturalmente aceptar cualquier forma de control internacional de precios de las materias primas originarias de los países no industrializados (y a veces tal control implicaría la creación de fondos de compensación que tendrían que ser sostenidos por las aportaciones de los contribuyentes de los países ricos) supondría la pérdida de ciertas posiciones ventajosas y de privilegio de algunos grandes países. Si bien el colonialismo de tipo político va desapareciendo paulatinamente de los mapas, en un proceso irreversible, perduran aún otros procedimientos de dominio y presión de enorme eficacia. Cuando una nación vive casi exclusivamente de la venta de un solo producto, sea petróleo, azúcar, café o cobre —y este es el típico caso de una *economía desequilibrada*— cualquier grupo o Estado que logre imponer sus condiciones al mercado internacional de aquellos productos, goza por esto de una fuente de inmenso poder frente a los países productores, tanto económico como político, por lo que no es fácil se renuncien, por decisión unilateral, a tales privilegios, máxime en un mundo en que la potencia militar de tipo convencional empieza a carecer de significado real.

La cuestión queda pues planteada en términos realmente graves si se tiene en cuenta que según las enseñanzas de la Ciencia Económica, que en este siglo se ha convertido en una verdadera ciencia capaz de hacer profecías y de proporcionar los instrumentos adecuados para modificar la realidad, es extremadamente difícil, si no imposible, salir del atraso económico sin una amplia ayuda exterior. El mundo de hoy se halla tan comprimido en una red de interdependencias mutuas que resulta ilusorio encerrar en el estrecho marco nacional el planteamiento del crecimiento y desarrollo económicos, que ha de efectuarse a escala mundial.

¿Qué postura adoptarán los grandes países industriales

frente al clamor creciente que surge de las naciones no desarrolladas? En nombre de una política realista, que en numerosas ocasiones no ha hecho más que cubrir posiciones y modos de actuar típicamente conservadores, cuando no reaccionarios, las consideraciones egoístas se han antepuesto a cualesquiera otras hasta la fecha, con los poco alentadores resultados que ofrece el panorama mundial. Es necesario convencer al ciudadano de las grandes naciones democráticas de su deber de asistencia a los desheredados de la tierra, en aras de los propios principios que dice defender y en favor de una coexistencia estable y pacífica entre las naciones. Juan XXIII, con el tono sencillo de las grandes verdades, enseñó: «Dada la interdependencia cada vez mayor entre los pueblos, no es posible que reine entre ellos una paz duradera y fecunda si el desnivel de sus condiciones económicas es excesivo» (*Mater et Magistra*).

La ayuda de los grandes países y de las organizaciones internacionales es condición necesaria para la promoción del crecimiento de los países subdesarrollados, aún cuando no suficiente. Si en el interior de tales países no se lleva a cabo un amplio programa de transformaciones sociales, es de temer que la asistencia exterior acabe por esterilizarse. Se ha dicho, a mi juicio acertadamente, que mentalidad conservadora y tradicional y desarrollo económico, son ciertamente incompatibles, a no ser que se entienda por desarrollo económico algo que no es, es decir, el mero incremento de la producción total, sin preocuparse de la justicia de su distribución. Al ser el subdesarrollo un fenómeno global y complejo, que se manifiesta en múltiples aspectos y en los más distintos órdenes (sentido cuasisacramental del derecho de propiedad de la tierra, religión basada más en valores tradicionales que auténticamente espirituales, posición inferior de la mujer, administración estatal corrompida e ineficaz, etc., etc.), hasta el punto de que haya podido hablarse de una auténtica *cultura de la pobreza*, es evidente que una política de crecimiento ha de proponerse las reformas de todas las estructuras, económicas, sociales y políticas, que impiden y obstaculizan el progreso. Por eso son siempre insuficientes las medidas estrictamente económicas, si no se emprenden programas de más vastas dimensiones en el orden de la enseñan-

za, del derecho de propiedad, de la organización política, etc., etc.

Una política excesivamente respetuosa con instituciones económicas tradicionales improductivas, con el injusto sistema de la distribución de la riqueza característico de una nación pobre y con la mentalidad de los grupos oligárquicos opuestos al progreso, está abocada irremisiblemente al más absoluto fracaso, al menos a largo plazo. La alternativa queda entonces centrada en la adopción de un credo simplemente revolucionario marxista—leninista o en la puesta en práctica de una ideología democrático reformista. Es lo que Raul Prebisch, economista argentino y uno de los grandes artífices de la Alianza para el Progreso ha venido a decidirles a las oligarquías dominantes de Hispanoamérica: «A largo plazo se trata simplemente de elegir entre hacer reformas o las cabezas de ustedes».

Estas son las fuerzas que van a jugar el papel decisivo en la promoción a mejores niveles de vida de los pueblos desheredados de la tierra: la ayuda exterior, que debe ser canalizada a través de organismos internacionales y el decidido propósito de acometer una labor intensa de transformación social rápida en el orden interior. La «toma de conciencia» o el «gran despertar» de los países pobres no es, en definitiva, más que la revelación y el convencimiento de que la precaria situación en que viven es injusta y monstruosa, y que no obedece a determinismo racial o geográfico alguno, sino a factores históricos y sociales. Las fuerzas liberadas por esta nueva actitud de los pueblos, antes resignados y fatalistas, es un factor enteramente nuevo en la historia y que ha cambiado por completo la fisonomía del panorama internacional, arrumbando para siempre interpretaciones y políticas que hoy resultan anacrónicas. La gran masa de los desheredados de la tierra ha irrumpido, al fin, en la escena histórica y quiere ser escuchada. El movimiento descolonizador con el consiguiente aumento en el número de las naciones subdesarrolladas representadas en la O. N. U., ha proporcionado la plataforma adecuada. Son estos, hechos evidentes que no pueden soslayarse ni minimizarse, gusten o no.

Pero aunque así no fuese, no cabe duda de que el atraso de las naciones pobres es una fuente constante de injusticia y de inestabilidad, tanto nacional como internacional. El abandono de los hambrientos a su suerte, la filosofía del «do it yourself», aparte de suponer un error económico garrafal en un mundo interdependiente —la prosperidad de nuestros clientes es también la nuestra— es un atentado contra la justicia a escala internacional. La historia de la humanidad prueba hasta la saciedad —el constante desconocimiento y violación de las normas de Derecho Internacional por parte de las potencias fascistas, incluida la Rusia de Stalin, que condujo a la Segunda Guerra Mundial, es un ejemplo reciente— que no cabe una convivencia social y organizada entre las naciones si se destierra de sus relaciones mutuas esa anhelante aspiración por plasmar en cada momento, con mayor o menor fortuna, lo que considera un ideal de justicia. Toda política, toda actuación social del hombre, ha de estar animada de esa inquietud ética, sin la cual, a la larga, resulta infecunda y desquiciada. Es esa capacidad de reacción ante lo injusto, lo que debe mover, en última instancia, al país poderoso a encararse con el problema del subdesarrollo en todos sus aspectos.

Sin una paralela mejora en su bienestar material no es posible el desenvolvimiento pleno y fecundo de la personalidad humana, ni el goce de los derechos inherentes a la misma, que toda sociedad justa ha de garantizar. Corresponde a las grandes naciones del mundo decidir sobre la suerte de millones de seres humanos: o estos han de continuar inmersos en la cultura de la pobreza, pese a sus esfuerzos, o ha de promoverse una lucha de amplias dimensiones contra la miseria en masa, con la cooperación libre y democrática de hombres y naciones sin distinción de razas ni ideologías.

PABLO DE LA NUEZ DE LA TORRE